

## INTRODUCCIÓN

Roberto Gil Montoya (Universidad Tecnológica de Pereira)

El contenido del número 29 de la Revista Internacional de Culturas y Literaturas es revelador de los tránsitos y desplazamientos que se verifican en la literatura colombiana contemporánea, a partir del reconocimiento y estudio de las obras escritas por mujeres, algunas de las cuales solo hasta ahora empiezan a ser leídas desde perspectivas críticas recientes interdisciplinarias, que apelan a enfoques de género, a discusiones políticas ambientales y socioculturales, sin dejar de lado la complejidad de la hibridación de géneros y mucho menos los encauzamientos sociales y las prácticas ligadas a la memoria, la identidad y el poder con sus ismos, en concordancia con las condiciones materiales de existencia de las regiones y los territorios con la suma de sus saberes ancestrales; perspectivas estas aplicadas en buena parte por estudiosas y estudiosos de nuestras literaturas en los ámbitos académicos universitarios.

El balance que aquí se plantea resulta positivo. Por un lado, se trata de dialogar con las temáticas de obras narrativas y poéticas de mujeres que han construido sus voces autorales como protagonistas históricas de unos devenires en permanente crisis, especialmente en Colombia, un país con una breve historia republicana no exenta de exclusiones, marginalidades y violencias, en un rumbo similar al que inspiraron las fábulas que dejó como legado el realismo mágico, bien con los silencios ruidosos en el destino de un veterano de la guerra en *El coronel no tiene quien le escriba* (1958), o bien con la exuberancia convertida en belleza tropical en *Cien años de soledad* (1967). Solo que ahora esas fábulas han mutado al igual que sus signos y sus condiciones espacio-temporales. Los temas y los tratamientos son distintos, aunque algunos sustratos estéticos se mantengan. Si García Márquez apeló a *La letra escarlata* de Hawthorne (1850) para imaginar el prólogo de *Del amor y otros demonios* (1994), Susana Henao Montoya (1954), escritora de la región del Quindío, apeló a la memoria escrita de la tunjana Sor Josefa del Castillo (1671-1742) en su novela *Crónica Satánica* (2004), para revivir sus pulsiones espirituales y evangélicas, y para intentar comprender qué implicaciones políticas y religiosas enmarcaron la condición de una mujer de los siglos XVII-XVIII, que habría vislumbrado en la clausura y con determinación ascética, la escritura como rebeldía. Así lo revela el estudio que emprenden Jaiber Ladino Guapacha y Luis Manuel Ospina, al preguntarse por el tópico del miedo entre una y otra obra como vibración de vida y pasión creadora.

Por otro lado, se trata de ampliar las miradas críticas y teóricas de lo que se suele comprender como literatura colombiana, sin olvidar que esta categorización parcial procura acomodar y situar un corpus literario que se liga, indefectiblemente, con las literaturas emergentes latinoamericanas. Y en este sentido, el campo de la tradición se amplifica gracias a los trabajos de pesquisa y clasificación emprendido por investigadoras como Betty Osorio, María Mercedes Jaramillo, Ángela Inés Robledo, Carolina Alzate, Luz Mary Giraldo, Zahyra Camargo, Graciela Uribe, Paloma Pérez y Adriana Villegas. Sus trabajos han sido esenciales para el fortalecimiento de un corpus literario que no se pensaba tan robusto y en cuyos pliegues, se evidencian los síntomas y los signos de unas formas dispares en las que las mujeres han reclamado su derecho a la ciudadanía en el mundo contemporáneo. Se preguntará el lector a qué se deben esos vacíos históricos. Habría que decir que muchas mujeres publicaron libros en editoriales locales, de limitado tiraje y circulación, o incluso no accedieron al formato de libro en épocas de un difícil mercado editorial regentado por hombres (Pérez, Sergio, 2024). De modo que su obra, de variado género, dispersa en periódicos y revistas, emerge solo hasta ahora, como producto de investigaciones que la han puesto en un campo interesante de exposición.

En tal sentido, llama la atención la manera como en estas aproximaciones críticas, afloran nombres de autoras y obras que pueden ser recibidos por los lectores de hoy, no sin asombro, como novedad. En efecto, se trata de un rastreo que profundiza, desde miradas diversas, el panorama de una literatura que se extiende por las regiones del país y cuyo catálogo solía estar restringido a nombres como Soledad Acosta de Samper, la madre Francisca Josefa del Castillo, María Josefa Acevedo de Gómez, Emilia Pardo Umaña, o a novelistas que cobraron, en un primer momento, cierto prestigio después del fenómeno publicitario del “Boom” latinoamericano de los años sesenta como Elisa Mujica, Fanny Buitrago, Meira del Mar, Marvel Moreno o Albalucía Ángel, esta última autora de *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975), obra ya clásica en torno a la recreación de las violencias bipartidistas acaecidas en el país durante la segunda mitad del siglo XX y de la cual se ocupan Rosalía Osorio Londoño y Katherine Bedoya Villa, a propósito de cómo los testigos ocasionales de eventos anómalos, construyen unas memorias rotas de ciudad, tras la urgencia de convertir el testimonio en relato del sentimiento y la emoción del individuo intranquilo, que no pareciera comprender del todo los eventos sangrientos que advierte más allá de la intimidad de su casa.

Un segundo momento podría indicarnos algo que parece un avance: la visibilidad que han logrado autoras cuya obra se ata a un fenómeno actual, de mercado editorial y de divulgación masiva en las redes sociales, procedente, en buena medida, de los debates culturales y de inclusión de la mujer en el campo de la productividad, donde se ha reclamado y posicionado un lugar de enunciación que siempre había estado en

manos de los hombres. Mucho más en un país donde los derechos civiles alcanzados por las mujeres ha constituido un proceso lento; piénsese que ejercieron su derecho al voto solo a partir de 1954, luego de una lucha de grupos feministas por obtener la ciudadanía completa, cuyas demandas iniciales pueden rastrearse en la década del treinta.

Tal vez este fenómeno actual sea el momento de mayor resonancia para las mujeres escritoras, al punto de que nombres como Laura Restrepo, Piedad Bonnett, Ángela Becerra, Carolina Sanín, Margarita García Robayo, Melba Escobar, Sara Jaramillo Klinkert o Pilar Quintana, forman parte ahora de los inventarios de las editoriales con mayor difusión en el territorio nacional y con un acogida considerable, con fines académicos, en seminarios de posgrado, congresos de mesas temáticas, coloquios y ferias de libros; un interés por sus obras que no nos toma por sorpresa, porque entendemos que estas mujeres dialogan con el mundo de la cultura y tensan unos saberes, desde unas memorias hechas de silencios, de prejuicios, de búsquedas por hacerse a unas voces propias y de frente al peso de una historia social no ajena al trauma y la negación. Desde estas tensiones es que Yohana Marcela Rengifo Marmolejo se acerca a la novelística de Melba Escobar, con el objeto de comprender una de las varias “realidades silenciadas”, en lo tocante a la maternidad como constructo cultural; solo que en este caso el tema se aleja del estereotipo para tratar lo desacostumbrado y para responder a una inquietud: ¿qué pasa en la psicología y conducta de esa mujer que se arrepiente del acto de matenar? También, con base en lo inusual, Sandra Yexenia Cardona González y Alexander Londoño Garzón, se aproximan a *Los Divinos* (2018), novela de Laura Restrepo, para indagar sobre las violencias urbanas y las desigualdades sociales, en especial aquellas que tocan con la indefensión de una niña frente a la crueldad extrema del macho enajenado, a propósito de un caso brutal de la crónica judicial de diciembre de 2016.

De modo que la recepción de la literatura colombiana se ha ampliado y esto ha permitido que, desde los programas de maestría y doctorado de nuestras universidades, se avalen trabajos de investigación que promueven la búsqueda y reconocimiento de nuevas voces literarias. Y por nuevo se comprende no la novedad por sí misma, que late en un presente continuo de excesiva información mediática, fruto del consumo global de los actuales recursos informáticos –blogs, plataformas de revistas académicas, podcasts, suplementos literarios, repositorios institucionales con acceso gratuito– sino el hallazgo de autoras y obras que se han difundido poco o no han merecido la atención de una crítica especializada o de un ejercicio de crítica literaria que percibimos cada vez más escaso en los medios impresos y digitales en el país. De ahí que resulte significativo el trabajo que viene desarrollando Adriana Villegas Botero en torno a las escritoras del Gran Caldas de finales del siglo XIX y de las primeras décadas del XX

(Ellas. 14 escritoras del Gran Caldas en los diarios Renacimiento, La Patria y La Voz de Caldas (1915-1939), 2025). En esta ocasión, Villegas Botero centra su mirada en autoras como Claudina Múnera Mejía, Natalia Ocampo de Sánchez, Rosario Grillo de Salgado, Uva Jaramillo Gaitán, Fabiola Aguirre, entre otras, para preguntarse por temas que inquietan a los sociólogos y que, desde el campo de la literatura, arroja un cuadro de costumbres o, si se prefiere, los efectos de una “educación sentimental” en materia de las representaciones de las mujeres con respecto a la institución del matrimonio, a la soltería, a la familia como núcleo básico de convivencia o a la decisión de optar por la vida religiosa y el servicio de la caridad, como alternativa acaso frente a lo que se impone y llega a convertirse en norma social.

No sería extraño que el lector tenga noticia por primera vez, a partir del artículo de Andrea Estefanía Álvarez Orozco, de las obras Valor moral (1923) de Enriqueta Angulo; El tío Gaspar (1923) de Ecco Neli; Entre sollozos (1923) de Isabel Santos Millán; Único amor (1923) de Berta Rosal y Sin el calor del nido (1924) de Luz Stella; todas ellas publicadas en la revista La Novela Semanal de Bogotá, dirigida por Luis Enrique Osorio. De estas autoras aún se sabe poco de sus vidas personales, familiares y profesionales; pero aquí están sus textos, en los que se narran las venturas de personajes femeninos abocados a un contexto educativo regido por una sociedad amparada en las costumbres e ideales morales defendidos por el cristianismo, a través de la iglesia católica como institución rectora.

No se trata solo de olvidos o exclusiones, por hacer parte acaso esta literatura de un país centralista que, por disputas políticas de partidos ideológicos, por intereses económicos asociados a la tenencia de la tierra y por herencias culturales recibidas en el camino que va del siglo XIX al XX, se debatió durante décadas en el cultivo de tres estilos que dieron forma a unas expresividades históricas, estéticas y discursivas: el romanticismo, con especial énfasis en el modelo francés, como lo leyera Baldomero Sanín Cano en “Sobre el romanticismo” (1935); el costumbrismo, una herencia recibida de España a manera de “cuadros de costumbres”, como lo examinara Rafael Maya en “El costumbrismo en Colombia, una modalidad del pensamiento nacional” (1975). En medio de estas dos herencias, asoma una que se instauró en el centro del poder político en Bogotá –la llamada Atenas Suramericana, en tanto “mito político-cultural” (Rincón, Carlos, 2014, pp. 198-199)– y que fuera bautizada con el pomposo nombre de grecolatinismo, como en su momento lo examinara Malcom Deas en su ensayo “Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y Poder en Colombia” (1993).

¿Qué pasaba, entre tanto, con las mujeres en este ámbito tejido por unos estilos heredados? El trabajo de Alejandra Toro Murillo y Patricia Cardona Zuluaga responde el interrogante cuando se pregunta por el papel que desempeñaron las escritoras en la prensa literaria a mediados del siglo XIX, con especial interés en El Mosaico

y la Biblioteca de Señoritas. Al indagar por la figura de Agripina Samper Agudelo y por la polémica intelectual que ella enfrentó con José María Vergara y Vergara, se examina cómo las mujeres empiezan a ganar presencia en el campo literario, a pesar de la imposición de unos ideales femeninos, supeditados a la moral cristiana, a la domesticidad en el seno de la familia y a la sujeción social que implicaba asumir su rol como “ángel del hogar”.

Decimos, pues, que no se trata solo de olvidos o exclusiones con respecto a la constatación, sobre la base de reflexiones múltiples –algunas derivadas de los estudios culturales– de la existencia de una literatura escrita por mujeres; se trata de algo más que engloba el destino de un Estado-nación. Así, tuvimos que esperar hasta la implementación de la Constitución Política de 1991 para que Colombia se reconociera como país de regiones, con diversidad étnica y cultural; tal vez no sea del todo casual que ahora se indague por las obras de las afrocolombianas Amalia Lú Posso Figueroa (1947), Mary Grueso Romero (1947), Sonia Nadhezda Truque (1953), Adelaida Fernández Ochoa (1957) y la poeta Teresa Martínez de Varela (1913), cuya obra es analizada aquí por Sandra Milena Trujillo Peña, a partir del reconocimiento en su voz de la experiencia sensorial que anuda a la escritora a la configuración de un imaginario hecho de metáforas y emocionalidades, mismas que desembocan en la defensa de una postura femenina, ética y política frente a la naturaleza, al paisaje y al territorio del Chocó, lugar de ensoñación de la tierra y el agua, hecho mito y leyenda en la figura de la Ninfa chocoana, Venus del Pacífico.

Por otra parte, desde el Quindío, un departamento que agrega verde y montañas a la región Andina, surge el lugar de ensoñación de Carmelina Soto Valencia (1916); un lugar marcado por una memoria histórica y social, de la que da cuenta Gloria Inés Acevedo Arias, cuando escudriña en la poesía y prosa de Carmelina, desde una perspectiva ecocrítica, para preguntarse cómo se construye una voz poética, esto es, una cosmovisión tejida de paisajes ligados a la sonoridad, a la naturaleza y a la materia viva de la que está hecho el pensamiento sensible frente al territorio que habita en la palabra.

Y aludir a territorios sensibles, es verificar unos campos de exploración que nutren los imaginarios y los saberes de las escritoras colombianas contemporáneas. Por este camino, el acercamiento que Diego Fernando Hernández Arias hace en relación con una muestra de la narrativa de Carmen Cecilia Suárez, sirve de pasarela para indagar en unos saberes femeninos en los que es posible desvelar el núcleo nervioso de estados mentales y emocionales como la intimidad, el deseo, lo sensorial, el desencanto, en tanto materia viva de unas subjetividades en las que unas voces femeninas construyen, desde adentro y cristalinas frente al desacuerdo que les produce lo convencional, un mundo de complejidades afectivas.

Asimismo, cabe destacar el trabajo de Diana Vela en torno a las narrativas de Ana María Jaramillo, Cecilia Caicedo Jurado y de nuevo Susana Henao Montoya, a propósito de la pregunta por la cuestión de la enfermedad como marca que desvela tanto la retórica que despliega en su eje un entramado social y económico sustentado en las prácticas médicas y resolutivas, mientras en la urdimbre de afecciones y emocionalidades, unos personajes conceden humanidad, a manera de relato, a la locura femenina, la discapacidad y el trauma. Algo similar a esta urdimbre explora Astrid Lorena Ochoa Campo, pero ahora centrada en el cuerpo víctima de unas violencias que tornan monstruosa el lugar de la infancia, a propósito de *Plaga* (2021), novela de Juliana Javierre; o en el cuerpo que en *Vigilia* (2022), la novela de Daniella Sánchez Russo, convierte la doble maternidad en un bochorno y en el recuerdo tormentoso de unas vidas proclives al arribismo, al racismo; en ambas obras los personajes son devorados por otro cuerpo anómalo, el del territorio como suma de vibraciones afectivas negativas: al paisaje semirrural cañero se le agrega la violación y el asco; al paisaje de una urbe que construye canaletas para sortear las inundaciones de un agua incómoda que desemboca en el Magdalena, se le agregan ataduras afectivas, históricas y políticas difíciles de sortear.

Cuerpo y territorio como trazo de espanto y exclusión. Enfermedad y crisis en las relaciones que se establecen con los otros. Intimidad, desolación y deconstrucción de unas nociones de familia, donde la maternidad ya no solo se comprende como un proceso biológico que garantiza la supervivencia de una especie; se trata del sentimiento y del sentir de otro mundo, cuando de él se ocupan las mujeres. La vida como un mapa de afecciones; la extraña realidad como un giro a lo monstruoso, a la inestabilidad de lo que al convertirse en relato reclama una nitidez. Lo político instalado en una cotidianidad vigilada; en fin, son múltiples los nodos de esta cartografía que siguen nutriendo las escritoras colombianas en el territorio de la ficción y el ethos literario, en esa línea en la que toda palabra cobra sentido, sobre todo cuando escribe e informa sobre una experiencia de mundo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DEAS, Malcom (1993). "Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y Poder en Colombia", en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, pp. 26-60.
- MAYA, Rafael (1944). "El costumbrismo en Colombia, una modalidad del pensamiento nacional", en *De perfil y de frente* (Estudios Literarios). Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana, pp. 139-151.
- PÉREZ Álvarez, Sergio (2023). *Cultura editorial en Colombia Una historia de editores y editoriales en el siglo XX*. Bogotá: Biblioteca Latinoamericana de Culturas del Libro.

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Rosario.

- RINCÓN, Carlos (2014). *Íconos y mitos culturales en la invención de la nación en Colombia*. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar. Colección 2010, No. 3.
- SANÍN Cano, Baldomero (1977). "Sobre el romanticismo", en *Escritos*. Selección y prólogo Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, No. 23, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 697-726.
- VILLEGAS Botero, A. (2025). *Ellas. 14 escritoras del Gran Caldas en los diarios Renacimiento, La Patria y La Voz de Caldas (1915-1939)*. Seguido de "Mientras los caballeros fuman y descansan..." y otros textos invisibles. Universidad Tecnológica de Pereira. Biblioteca Breve de Escritoras del Gran Caldas (1870-1960) Volumen 1. Disponible en: <https://repositorio.utp.edu.co/entities/publication/3eb72b5f-4d30-4c61-a946-df9b864a707b>